

Historia, memoria y narrativa en *Vivir para contarla* de Gabriel García Márquez*

Iván Jiménez
Universidad Paris 8

A partir de una lectura de las memorias de García Márquez sobre el Bogotazo, realizamos una defensa de la narrativa como espacio propicio para la construcción de verdades sobre los hechos reales. Nuestro análisis se organiza en tres ejes temáticos: los elementos textuales y extratextuales que sustentan el valor de verdad de las escrituras del yo, las críticas que aminoran la utilidad del discurso narrativo en la construcción de un conocimiento histórico, y los recursos que ese discurso tiene a su disposición para generar una representación dinámica del pasado y llenar las lagunas de la memoria colectiva.

Palabras claves: Gabriel García Márquez; *Vivir para contarla*; historia; autobiografía; ideología; cultura; subjetividad.

*History, Memory and Narrative in Vivir para contarla
by Gabriel García Márquez*

Starting from a reading of García Márquez's memoirs about the Bogotazo, we defend narrative as a suitable space for the construction of truths about real facts. Our analysis is organized around three different thematic axes: the textual and extratextual elements that support the truth value of the writings of the self, the critical writings that minimize the usefulness of narrative discourse in the construction of historical knowledge, and the resources that this discourse can call upon to generate a dynamic representation of the past and fill the gaps in the collective memory.

Key words: Gabriel García Márquez; *Vivir para contarla*; History; Autobiography; Ideology; Culture; Subjectivity.

* Primera versión recibida: 03/04/2006; última versión aceptada: 07/06/2006. Este artículo es una reelaboración parcial de nuestra monografía "Les positions de Gabriel García Márquez à l'égard de l'histoire et la mémoire. Une interprétation de *Vivir para contarla*", presentada en octubre de 2004, en el marco del seminario "Le matériau de l'historien" del Máster en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de las Universidades París 3 y París 8.

En *Vivir para contarla*, el primer libro de sus memorias, Gabriel García Márquez vincula el desarrollo de su vocación artística y las vivencias que han cimentado su universo literario con los avatares de la historia colombiana. El mundo contado de esta obra no es el universo de lo sobrenatural y exótico que la gracia de la expresión “realismo mágico” suele añadir al nombre del autor; es, en cambio, un mundo histórico, es decir, correspondiente a hechos, situaciones y coyunturas reales, que han dejado alguna huella en los archivos o que, de alguna manera, están cifrados en la memoria colectiva de Colombia. En total conformidad con el horizonte de expectativas que abre el género de las memorias, en *Vivir para contarla*, García Márquez reconstruye “la vie d’une époque d’un point de vue individuel” [“la vida de una época desde un punto de vista individual”] remitiéndose a la “histoire des groupes sociaux” [“historia de los grupos sociales”] a los cuales ha pertenecido (Lejeune 1998, 11).¹

Valga señalar que este interés en el pasado colectivo y documentado que caracteriza algunas de las novelas de mayor renombre del autor (en *Cien años de soledad*, por ejemplo, se manifiesta en las alusiones a la masacre de las bananeras de 1928), lo volvemos a encontrar en obras más recientes como el guión de la película *Edipo alcalde*, en el que el relato mitológico de Edipo es utilizado como matriz para elaborar una visión sobre la realidad rural y el conflicto armado en Colombia. Los guiones de *Crónicas de una generación trágica*, un seriado de televisión sobre la transición del período colonial a la Independencia, son otra manifestación de esta misma vocación histórica, esta vez en el ámbito de los proyectos educativos y de divulgación cultural.

El diálogo entre historia y literatura alcanza su realización más plena en *El general en su laberinto*, una obra que debe ser leída teniendo en cuenta algunas líneas bastante precisas de la evolución de la narrativa en el panorama literario latino-

¹ Las citas de las fuentes en inglés y francés son traducción nuestra.

americano. A partir de la segunda mitad del siglo xx, los novelistas latinoamericanos no han dejado de evocar todo lo que permite considerar a América Latina como un sector del mundo que tiene dificultades para alcanzar su desarrollo, desde las inequidades sociales y la miseria, hasta las raíces de la fragilidad democrática, el ciclo de dictaduras y sus relaciones con el viejo orden colonial. Este interés por la historia se acentuó con la conmemoración del v Centenario del Descubrimiento, y en parte motivó el apogeo de la ficción histórica latinoamericana hacia finales del siglo xx. En *El general en su laberinto*, García Márquez toma distancia de la versión oficial de la historia y cuenta los aspectos menos conocidos y menos gratos de los últimos días del Libertador Simón Bolívar.

En *Vivir para contarla*, la referencia a los acontecimientos de la vida nacional no sólo se explica entonces por el horizonte de expectativas del género de las memorias; también debe ser interpretada desde una perspectiva intertextual que tenga en cuenta la apertura al discurso de la historia que identifica el universo literario del autor. Esta evocación de algunos tiempos fuertes del pasado nacional, como la matanza de las bananeras y el Bogotazo —en el cual nos centraremos aquí—, deja abierta la posibilidad de abordar algunos momentos de *Vivir para contarla* como si se tratara de un discurso histórico, es decir, una unidad verbal que intenta decir una verdad sobre hechos reales. No obstante, el aura de lo asible y concreto que rodea a ese tipo de referentes que llamamos hechos reales no podría eclipsar el otro lado de las memorias, su aspecto literario. Dicho de otro modo, en las memorias, sobre todo cuando se trata de las memorias de un escritor, la función referencial del lenguaje está en relación de dependencia con respecto a la función poética.

Ahora bien, cuando definimos *Vivir para contarla* como un discurso de sustrato poético que habla de hechos reales, intentamos trazar una pauta de lectura que examine, en primera instancia, los vínculos entre historia y literatura y, luego, la continuidad que estos vínculos tienen en el marco de la

memoria. El conocimiento y el olvido del pasado son factores culturales, en la medida en que determinan el proceso de construcción de la identidad de una colectividad, así como los modos en que ésta busca su autonomía a través de sus decisiones políticas. En la investigación que el periódico semanal *Courrier International* consagró hace algunos meses al tema de la historia y la memoria, varios de los pensadores invitados dejaron ver su adhesión a esta premisa, ya fuera para hablar de los visos xenofóbicos de la historia oficial patriotista de la China (Weishi 51), del resurgimiento de grupos nazi en algunos Länder de la Alemania del Este que prefirieron no mencionarle a los jóvenes los crímenes del nazismo (Samsonowicz 42), de los escasos logros del sistema educativo de Francia en materia de transformación de los hijos de inmigrantes en miembros de la República (Rubner 49), o de las dificultades que las directivas educativas de California han encontrado para escoger un manual de historia que aborde con tacto el tema de las creencias religiosas, teniendo en cuenta los desacuerdos entre estudiosos de la cultura india y ciertas organizaciones religiosas hinduistas (Golden 43). El marcado acento sobre las relaciones entre memoria y conocimiento del pasado se explica, en parte, por este reconocimiento de las implicaciones culturales —y políticas— de lo que se olvida y lo que se recuerda. Jacques Le Goff, por ejemplo, admite que:

Il est vrai que l'histoire est un arrangement du passé, soumis aux structures sociales, idéologiques, politiques dans lesquelles vivent et travaillent les historiens, il est vrai que l'histoire a été et est encore, ici et là dans le monde, soumise à des manipulations conscientes de la part de régimes politiques ennemis de la vérité. Le nationalisme, les préjugés de toutes sortes pèsent sur la façon de faire de l'histoire et le domaine en plein développement de l'histoire de l'histoire (forme critique et évoluée de la traditionnelle historiographie) est en partie fondé sur la prise de conscience et l'étude de ces liens de la production historique avec le contexte de

son époque et avec celui des époques successives qui en modifient la signification. Mais la discipline historique, qui a reconnu ces variations de l'historiographie, n'en doit pas moins rechercher l'objectivité et rester fondée sur la croyance en une "vérité" historique.(11)²

Pese a que las palabras de Le Goff están animadas por el propósito de defender la labor del historiador frente a "las tendencias ingenuas que identifican la historia y la memoria", o que incluso sugieren que ésta es más auténtica o más verdadera que aquella —cuyo carácter artificial no puede ser negado—, su planteamiento alude a la memoria no sólo como un punto de partida sino también como un punto de llegada del conocimiento histórico:

La mémoire est la matière première de l'histoire. Mentale, orale ou écrite, elle est le vivier où puisent les historiens. Parce que son travail est le plus souvent inconscient, elle est en fait plus dangereusement soumise aux manipulations du temps et des sociétés qui pensent que la discipline historique elle-même. *Cette discipline vient d'ailleurs à son tour alimenter la mémoire et rentre dans le grand processus dialectique de la mémoire et de l'oubli que vivent les individus et les sociétés.* L'historien doit être là pour rendre compte de ces souvenirs et de ces oublis, pour les

² "Es cierto que la historia es una recomposición del pasado, sometida a las estructuras sociales, ideológicas, políticas en las cuales viven y trabajan los historiadores, es cierto que, en todas partes, la historia ha estado y sigue estando sometida a manipulaciones conscientes por parte de regímenes políticos enemigos de la verdad. El nacionalismo, los prejuicios de todo tipo tienen un peso considerable sobre la manera de escribir la historia y el área en pleno desarrollo de la historia (una forma crítica y evolucionada de la historiografía tradicional) reposa en parte sobre la toma de conciencia y el estudio de los lazos entre la producción histórica, el contexto de su época y el de las épocas sucesivas que modifican su significación. No obstante, ello no implica que la disciplina histórica, que ha reconocido tales variaciones de la historiografía, renuncie a la búsqueda de la objetividad y a la creencia en una 'verdad' histórica que tiene como cimiento".

transformer en matière pensable, pour en faire un objet de savoir”. (Le Goff 11; el énfasis es nuestro)³

La “rentrée de la discipline historique dans le grand processus dialectique de la mémoire et de l’oubli que vivent les individus et les sociétés” [la “entrada de la disciplina histórica en el gran proceso dialéctico de la memoria y el olvido que viven los individuos y las sociedades”] nos lleva también a admitir que, cuando se los cuenta, es decir, cuando se los representa como procesos insertos en un flujo temporal, los hechos y las circunstancias del ayer pueden ser rescatados del olvido y empezar a desempeñar un papel activo dentro de nuestra memoria. A la luz de este planteamiento, nuestra lectura de *Vivir para contarla* apunta a mostrar el lugar que la literatura tiene o puede asumir dentro de esta retroalimentación entre la historia y la memoria. Y, para hacerlo, debemos tener en cuenta los cuestionamientos que el discurso narrativo debe encarar como forma de representación de lo real.

El autor como fundamento de la credibilidad del testimonio

El relato de García Márquez sobre el día del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán destaca dos escenarios. Por una parte, narra lo ocurrido en la calle el 9 de abril de 1948, el caos de la muchedumbre enardecida por la muerte súbita del líder liberal. Por otra parte, cuenta lo que sucedió algunas horas des-

³ “La memoria es la materia prima de la historia. Mental, oral o escrita, es la cantera en la que los historiadores escarban. Puesto que su labor es las más de las veces inconsciente, está sometida de una manera más riesgosa que la propia disciplina histórica a las manipulaciones del tiempo y de las sociedades que piensan sobre sí mismas. *Por otro lado la disciplina histórica viene a su vez a alimentar la memoria y entra en el gran proceso dialéctico de la memoria y del olvido que viven los individuos y las sociedades.* El historiador debe estar allí para dar cuenta de esos recuerdos y de esos olvidos, para transformarlos en material pensable, para hacer de ellos un objeto de saber”.

pués del magnicidio en el espacio restringido del palacio presidencial. Al recordar cómo era su vida en esa época, y al evocar las impresiones que le quedaron de ese día, el autor-narrador entra en el sistema de la *énonciation autobiographique*: sus enunciados hacen sobresalir la primera persona; sin embargo, la necesidad de hablar de los otros y de lo otro, le exige un abandono momentáneo del énfasis en el yo y un desplazamiento hacia el sistema de la *énonciation historique* (Benveniste 238-239), dentro del cual la tercera persona designa el asunto central de lo dicho.

Según el principio de disociación de la imagen del yo que rige el género de las memorias, el escritor de la madurez recuerda al joven que era en el momento del Bogotazo y habla de sus “nubes literarias” y su “inconsciencia política”: “Creo que entonces no éramos todavía conscientes de las terribles tensiones políticas que empezaban a perturbar el país” (302). El “nosotros” implícito hace referencia a la comunidad de estudiantes, en su mayoría provenientes de la costa caribe colombiana, con los cuales vivía en una pensión situada cerca de la esquina donde Gaitán fue asesinado. La primera persona del plural indica aquí que el sujeto de la enunciación, que en el caso de las memorias y de las escrituras del yo es también el sujeto del enunciado, abandona por un momento el plano de sus vivencias particulares y se presenta a sí mismo como participante de un movimiento generalizado. García Márquez cuenta que, al igual que el resto de la muchedumbre que se había precipitado a la calle poco después del crimen, no dudó en apropiarse de las mercancías de gran valor que el desorden había puesto de repente al alcance de todos:

Algunos de los que salían cargados de ropa fina y grandes rollos de paño en el hombro los dejaban tirados en medio de la calle. Recogí uno, sin pensar que pesaba tanto, y tuve que abandonarlo con el dolor de mi alma. Por todas partes tropezábamos con aparatos domésticos tirados en las calles, y no era fácil caminar por entre las botellas de whisky de

grandes marcas y toda clase de bebidas exóticas que las turbas degollaban a machetazos. (314)

La voz que escuchamos es la voz del testigo, es decir, la persona que habla de los acontecimientos como miembro del colectivo que los presencié y participó en ellos. El discurso del testigo lleva implícita la pretensión de decir las cosas como efectivamente ocurrieron, pero esa tonalidad de lo certero, que podría ser inaceptable en otros contextos, se hace admisible por la intervención de factores extratextuales. La identidad del narrador y autor que define las formas de la narrativa autobiográfica (Lejeune 1975, 14) implica que el valor de lo enunciado sea en parte una función del lugar de la persona que escribe en la vida real. Tal como Michaël Pollak y Nathalie Heinich lo precisan, el sustento de la aceptabilidad del testimonio, que es una de las formas de la “*expression publique de la personne privée*” [“expresión pública de persona privada”], deriva del hecho de que la voz que narra sea atribuida a una persona que representa una colectividad (13). A nuestro parecer, lo importante de la posición del testigo, que García Márquez asume al inicio de sus memorias sobre el 9 de abril de 1948, es menos su pretensión de autenticidad que el espacio donde se origina: la calle, el lugar marginal de la masa, un lugar desconectado de los centros del poder que rigen el destino de una nación.

En otro momento de su relato, al plantear el tema de la verdadera identidad del asesino de Gaitán, García Márquez elabora un retrato de Juan Roa Sierra, el hombre que le disparó al líder político, y lo hace como si estuviera presentando las pistas más sugestivas para la revelación de un misterio. No escatima los detalles que conoce sobre la vida familiar⁴ de

⁴ “Encarnación Sierra, viuda de Roa, su madre, de cincuenta y dos años, se había enterado por radio del asesinato de Gaitán, su héroe político, y estaba tiñendo de negro su mejor traje para guardarle luto. No había terminado cuando oyó que el asesino era Juan Roa Sierra, el número trece de sus catorce hijos. Ninguno había pasado de la escuela primaria, y cuatro de ellos —dos niños y dos niñas— habían muerto” (317-318).

Roa Sierra, su origen social, los documentos y la vestimenta que llevaba en el momento del crimen,⁵ ni sobre su manera de manipular el arma que le sirvió para llevarlo a cabo.⁶ Esta acumulación minuciosa de pruebas sustenta sus dudas acerca de los verdaderos móviles del asesinato:

Todavía hoy no existe una convicción unánime de que [el asesino] fuera Juan Roa Sierra, el pistolero solitario que disparó contra él entre la muchedumbre de la carrera Séptima. Lo que no es fácil entender es que hubiera actuado por sí solo si no parecía tener una cultura autónoma para decidir por su cuenta aquella muerte devastadora, en aquel día, en aquella hora, en aquel lugar y de la misma manera. (317)

Los datos convergen en una serie de conjeturas que en última instancia señalan que las pistas para descubrir la identidad de los organizadores del asesinato de Gaitán quedaron probablemente sepultadas bajo los aspectos superficiales y las lecturas impresionistas del crimen. La fuerza de persua-

⁵ “Gabriel Restrepo, un periodista de *Jornada* —el diario de la campaña gaitanista—, hizo el inventario de los documentos de identidad que Roa Sierra llevaba consigo cuando cometió el crimen. No dejaban dudas sobre su identidad y su condición social, pero no daban pista alguna sobre sus propósitos. Tenía en los bolsillos del pantalón ochenta y dos centavos en monedas sueltas, cuando varias cosas importantes de la vida diaria sólo costaban cinco. En un bolsillo interior del saco llevaba una cartera de cuero negro con un billete de un peso. Llevaba también un certificado que garantizaba su honestidad, otro de la policía según el cual no tenía antecedentes penales, y un tercero con su dirección en un barrio de pobres: calle Octava, número 30-73. De acuerdo con la libreta militar de reservista de segunda clase que llevaba en el mismo bolsillo, era hijo de Rafael Roa y Encarnación Sierra, y había nacido veintiún años antes: el 4 de noviembre de 1921.

Todo parecía en regla, salvo que un hombre de condición tan humilde y sin antecedentes penales llevara consigo tantas pruebas de buen comportamiento” (318-319).

⁶ “No se sabía que hubiera disparado un arma en su vida, pero la manera en que manejó la del crimen estaba lejos de ser la de un novato. El revólver era un .38 largo, tan maltratado que fue admirable que no le fallara un tiro” (318).

sión de estas consideraciones hipotéticas se alimenta de otros momentos del relato, en los cuales la enunciación del testimonio es la dominante. García Márquez afirma haber visto, pocos minutos después del crimen, a un hombre elegante y muy seguro de sí mismo que, después de haber arrojado a Roa Sierra al tumulto señalándolo como el agresor, incitaba al gentío a dirigirse al palacio presidencial hasta que desapareció en un carro elegante que había venido para recogerlo:⁷

Cincuenta años después, mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero. (310)

La dimensión extratextual que enfatiza el efecto de sentido del relato testimonial se hace aquí evidente. En el testimonio de García Márquez sobre el Bogotazo, no sólo encontramos la representatividad social asumida por el autor a través del “nosotros”; el valor de verdad del relato, o mejor dicho, su potencial de credibilidad, reposa también en el hecho de

⁷ “Un hombre alto y muy dueño de sí, con un traje gris impecable como para una boda, los incitaba con gritos bien calculados. Y tan efectivos, además, que el propietario de la farmacia subió las cortinas de acero por el temor de que la incendiaran . . .

— ¡A palacio! —ordenó el hombre de gris que nunca fue identificado. ¡A palacio!” (307-308).

que quien lo enuncia es una persona que goza de reconocimiento público en virtud de su trayectoria en el campo de las letras. En este caso, la palabra personal parece llevar impreso el sello de garantía de lo fiable.

El retrato de Roa Sierra deja ver la convicción de que el asesino de Gaitán no era más que la marioneta de una compleja red de intereses oscuros; lo mismo podría decirse sobre el hombre elegante que incitaba a la muchedumbre a la revuelta. En este caso notamos que, al hablar como el único testigo ocular de una escena que nadie más presenció, el autor-narrador se expone a la desconfianza del lector, el cual está en todo su derecho de dudar de la veracidad de lo contado. Esta posición enunciativa de García Márquez nos parece relevante porque muestra hasta qué punto lo extratextual, en este caso, el acceso a la esfera pública de la palabra y, sobre todo, la “notoriété” [“notoriedad”] de la persona que escribe (Pollak y Heinich 13) crea las condiciones que hacen socialmente posible, y aceptable, añadimos nosotros, la existencia de testimonios autobiográficos, incluso cuando éstos se refieren a episodios —como el del hombre elegante— que no aparecen dentro de la memoria colectiva. Enseguida veremos otros aspectos de la determinación que el plano de lo extratextual ejerce sobre el relato de lo real.

El proceso contra el narrador

La noche del 9 de abril de 1948 los dirigentes de la oposición liberal se entrevistaron con el presidente conservador Ospina Pérez para proponerle que abandonara el poder y buscar una salida a la crisis política desatada por el asesinato de Gaitán. Luego de citar sus fuentes,⁸ García Márquez cuen-

⁸ “Lo que se sabe de aquella audiencia se lo debemos a lo poco que contaron los mismos protagonistas, a las raras infidencias de algunos y a las muchas fantasías de otros, y a la reconstrucción de aquellos días aciagos armados a pedazos por el poeta e historiador Arturo Alape, que hizo posible en buena parte el sustento de estas memorias” (320).

ta esa reunión como si la hubiera presenciado. Todas las marcas que según Benveniste definen la enunciación histórica y confieren a los enunciados la solidez asertiva de las verdades indiscutibles, aparecen allí, sobre todo el pronombre de tercera persona (“él”, “ella”, “ellos”) y las formas del pasado del modo indicativo (“hablaba”, “dijo”, “había sido”). A través del discurso indirecto (“contestó que los más indicado sería que...”), el autor-narrador adopta la posición del observador que toma distancia de su objeto para contemplarlo mejor y hace referencia a cada una de las intervenciones de los dirigentes del Partido Liberal: al apoyo casi paterno de Luis Cano hacia el presidente, a la negligencia y la ironía ineficaz de Darío Echandía quien, sin embargo, era el candidato con mayores probabilidades de reemplazar a Ospina Pérez, propuesta que Carlos Lleras recalcó como la posición del partido pese a las opiniones divididas. De Mendoza Neira, el promotor de la reunión, cuenta lo siguiente:

Mendoza, famoso entre amigos y enemigos por su franqueza sin adornos, contestó que lo más indicado sería que el gobierno delegara el poder en las Fuerzas Armadas, por la confianza que en aquel momento le merecían al pueblo. Había sido ministro de Guerra en el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, conocía bien a los militares por dentro, y pensaba que sólo ellos podrían retomar los cauces de la normalidad. Pero el presidente no estuvo de acuerdo con el realismo de la fórmula, ni los mismos liberales la respaldaron. (321)

Como suele ocurrir en cualquier fragmento de escritura del yo, en estas memorias nos topamos con la voz de ese narrador que ha despertado una especie de “recelo” generalizado con respecto al discurso narrativo, para decirlo con un término acuñado por Nathalie Sarraute en *L'ère du soupçon*: el narrador que a través de la enunciación histórica se afirma como profundo observador de los hechos e instaura la pretensión de verdad o conocimiento “objetivo” dentro de sus

enunciados. Consideradas como un discurso literario cuyo marco de referencia son los hechos reales, tendríamos que decir que las memorias se convierten en un blanco fácil para las críticas que, en la polémica sobre el realismo, definen el carácter ilusorio de la llamada “mirada objetiva” sobre los acontecimientos, y que han venido a sustentar la abundante argumentación sobre la inconveniencia de la narrativa como herramienta para acceder a la verdad histórica.

Dentro de los estudios literarios, lo que se llama “objetividad” no es más que el efecto de una estrategia retórica que disimula, bajo el aspecto de lo impersonal, la parcialidad inevitable de toda visión sobre lo que acontece; representar el pasado con una mirada objetiva quiere decir, más exactamente, querer producir la ilusión de que los acontecimientos se presentan ellos mismos, sin ninguna mediación, eliminando todo rastro del lugar de determinación de la subjetividad que los percibe y los organiza. A estas alturas de la reflexión metadiscursiva es prácticamente imposible negar que:

... en literatura, narrar un acontecimiento implica por fuerza presentarlo de una manera, ligada a la perspectiva que se adopte. Por fuerza, decimos, porque no existe mirada sobre un acontecer, así sea ficticio, que no suponga una postura, una posición que mira y narra. Esa posición remite no sólo al lugar a partir del cual se ha elegido contar (entendido — metafóricamente o no, según los casos— como lugar físico pero también como espacio de valoraciones posibles), sino también a la selección que se ha hecho del material referencial (contar esto y no esto otro, es decir: realizar un “recorte” particular). (Vassallo 218)

La imposibilidad de una visión neutra sobre lo que acontece inhabilitaría a la narrativa para ser una herramienta de conocimiento histórico, si redujéramos la cuestión de la verdad a un mero registro de lo que acontece al margen de cualquier subjetividad interpretativa, es decir, a un asunto de he-

chos que supuestamente se imponen a cualquier mirada (Ricoeur 1984, 142). En los estrechos límites que deja esta concepción de la verdad, toda narrativa sobre los hechos reales, por el solo hecho de ser narrativa, tendría que ser rechazada como mentira. Para salir del bloqueo interpretativo que puede plantear esta posición crítica, en primer lugar, es pertinente recordar que el cuestionamiento al llamado principio de objetividad es más un asunto de las consideraciones metaliterarias o metalingüísticas de los estudios literarios, que una pauta de lectura arraigada en el grueso de la comunidad de lectores. Y esto nos recuerda lo que Lejeune dice acerca de la relación entre la escritura autobiográfica y las formas del relato tradicional.⁹ Para indicar que las aseveraciones que realiza no son meras invenciones, las escrituras del yo (memorias, autobiografías) incorporan las formas discursivas que los lectores han aprendido a reconocer como representativas de lo real y auténtico, como el discurso del narrador omnisciente que encontramos en el fragmento *Vivir para contarla* del cual nos ocupamos. El escritor que en sus memorias se apoya en los recursos de la prosa que se consideran representativos de los acontecimientos no imaginarios, no hace nada más que

⁹ “Tout se passe comme si *par définition* l’autobiographie était vouée à n’employer que des types de récit traditionnels, ou, disons, à n’employer un type de récit que lorsqu’il est devenu traditionnel . . . L’autobiographie ne peut être le ‘laboratoire’ du récit moderne: elle emploie des modèles de récit qui ont déjà fait leur preuves . . . Nous retrouvons ici la situation de dépendance de l’autobiographie par rapport aux formes biographiques; aussi l’histoire de l’autobiographie ne peut-elle se concevoir qu’en relation avec l’histoire générale des formes du récit du roman, dont elle n’est en fin de compte qu’un cas particulier” (Lejeune 1998, 35-36) [“Es como si *por definición* la autobiografía estuviera predestinada para utilizar únicamente las formas tradicionales del relato o, dicho de otro modo, predestinada para utilizar una forma de relato sólo después de que ésta se haya vuelto tradicional. . . La autobiografía no puede ser el ‘laboratorio’ del relato moderno: utiliza los modelos de relato que ya han sido sometidos a prueba. . . Vemos aquí la situación de dependencia de la autobiografía con respecto a las formas biográficas; de igual modo, la historia de la autobiografía es inconcebible sin referencia a la historia general de las formas de la novela, de la cual es, al fin de cuentas, un caso particular”].

mantenerse dentro del marco de los principios que rigen el género que está utilizando.

Admitida la enunciación histórica como un rasgo intrínseco a las memorias, conviene también recordar una vez más que este género presupone la identidad entre el narrador y el autor. Como forma de la escritura autobiográfica, las memorias no pueden ser consideradas al margen del “engagement” [“compromiso”] que allí asume el autor (Lejeune 1975, 173): lo que éste diga o deje de decir tiene necesariamente un impacto sobre las representaciones colectivas que intervienen en la construcción de la realidad. Esta precisión teórica fija la pauta metodológica que mencionábamos más arriba: en materia de escrituras del yo, lo textual es tan importante como lo extratextual. Habíamos dicho que, considerado en sus relaciones con lo extratextual, el sistema de enunciación de las memorias de García Márquez nos parece estar vinculado con un factor bastante visible, a saber, la figura del autor como intelectual, es decir, como un sujeto que se apoya en la independencia o el prestigio de autonomía que el círculo de los escritores y profesionales de las ideas ha ganado en la cultura occidental, y enuncia sus visiones acerca de las tensiones de su medio social con el fin de guiar de alguna manera la conciencia colectiva (Bourdieu 1988, 64). El concepto de intelectual nos sitúa en el centro de la dimensión social del escritor; desde esta perspectiva, lo que queda puesto de relieve es la capacidad o la disposición del escritor para ofrecer a sus lectores los puntos de referencia que les permitirán realizar una interpretación rica y compleja de lo vivido.¹⁰

¹⁰ Bourdieu plantea que al asumir la investidura de profundo conocedor de un área de interés público, el escritor se compromete a responder a las consultas que puedan solicitarle en esa materia y a expresar en un lenguaje abstracto lo que los otros viven sin llegar a expresarlo. El escritor intelectual está llamado a “offrir un langage qui permette aux individus concernés d’universaliser leurs expériences sans pour autant les exclure en fait de leur propre expérience” [“ofrecer un lenguaje que permita universalizar sus experiencias a los individuos, sin excluirlos de la expresión de esa experiencia que les pertenece”] (1988, 64).

Es evidente que la reconstrucción de la reunión entre los dirigentes liberales y el presidente Ospina Pérez está basada en una información que García Márquez debió haber adquirido mucho después del 9 de abril de 1948, probablemente cuando su notoriedad en el mundo de las letras ya estaba consolidada. Sin duda alguna esto es lo que le ha permitido ser un interlocutor de los protagonistas de ese encuentro, sobre todo, de Plinio Mendoza Neira, como él mismo lo precisa. Si quisiéramos mantenernos dentro de la actitud de recelo, podríamos objetar que en las memorias la fiabilidad de la narrativa histórica (su valor de verdad) es una mera función de la notoriedad del autor, de su estatus de persona pública. No obstante, en tanto que elemento extratextual, la notoriedad que va asociada a la figura del intelectual nos parece relevante porque hace posible el acceso a fuentes históricas difíciles de consultar. La poética de la rememoración en *Vivir para contarla* tiene que ver entonces con la responsabilidad social que el escritor asume en tanto intelectual, en la medida en que da cuenta de ciertas dinámicas del campo político nacional sobre las cuales muchos colombianos tenemos una idea bastante difusa, cuando no inexistente. La reconstrucción que García Márquez hace de lo sucedido en el palacio presidencial la noche del 9 de abril de 1948, deja la impresión de una “cosa pública” convertida en asunto exclusivo de un cenáculo reunido a puerta cerrada. La interlocución con las figuras del poder autoriza al escritor a referir una escena álgida de la historia política que, por el hermetismo de su ocurrencia, tal vez no está demasiado presente en la memoria colectiva del país.

Narrativa e ideología

Aparte del proceso contra el narrador omnisciente y la cuestionada objetividad, el discurso narrativo sobre los hechos reales tiene otros flancos de ataque. Hayden White, uno de los críticos que más se ha ocupado del tema, explica que, más allá de la imposible objetividad o neutralidad de observación, la desconfianza frente al discurso narrativo para hablar de la his-

toría se debe a la carga ideológica que siempre es posible atribuirle. Para someter la existencia a un orden de causalidades, el relato, no importa si trata de eventos reales o imaginarios, debe apoyarse sobre un sistema legal en contra o a favor del cual los agentes del relato podrían orientar sus acciones (White 1992, 28). La mera representación en el tiempo de un conjunto de hechos y circunstancias implica, pues, una disposición para hablar de lo que pasó a partir de un juicio implícito o explícito sobre lo que habría podido o habría debido suceder. De aquí que “toda narrativa histórica implique, como una finalidad latente o evidente, el deseo de moralizar sobre los acontecimientos de que trata” (White 1992, 29).

En otro momento de su estudio acerca de la narrativa histórica, White precisa que, dentro de ésta debemos distinguir, por un lado, la representación de los acontecimientos como trama y, por el otro, el discurso argumentativo que se invoca para tratar de atribuir causas a eso que se cuenta dentro de la trama (White 1973, 7-21). La combinación de estos elementos produce el efecto explicativo propio de la narrativa histórica, y a partir de los elementos de esta organización intrínseca del relato pueden inferirse las tomas de posición implícitas que White llama ideología:

The ideological dimensions of a historical account reflect the ethical element in the historian's assumption of a particular position on the question of the nature of historical knowledge and the implications that can be drawn from the study of past events for the understanding of present ones. By the term “ideology” I mean a set of prescriptions for taking position in the present world of social praxis and acting upon it (either to change the world or to maintain it in its current state); such prescriptions are attended by arguments that claim the authority of “science” or “realism”. (1973, 22)¹¹

¹¹ “Las dimensiones ideológicas de un recuento histórico son el reflejo del elemento ético que cabe suponer en la posición particular que asume el historiador con respecto a la pregunta por la naturaleza del conocimien-

La ideología no se reduce a la adhesión explícita a ningún planteamiento político particular.¹² Si en todo discurso narrativo cabe reconocer una toma de partido implícita, una mirada de aprobación hacia ciertas situaciones o una condena silenciosa con respecto a hechos o circunstancias que se consideran como causantes de un proceso desafortunado o inesperado, su ideología es lo que presupone como realización óptima del conocimiento histórico y, más allá de esto, lo que este conocimiento implica en materia de concepción sobre lo que debe ser el curso del cambio social. En cualquier caso, la ideología debe ser puesta en relación con preferencias éticas con respecto a los cambios en la vida colectiva.

Para determinar la ideología que es posible atribuir a *Vivir para contarla* en su calidad de narrativa sobre hechos reales, si seguimos las pautas teórico-metodológicas que White propone con respecto a la labor del historiador, y que aquí hace-

to histórico y con respecto a las consecuencias que tiene el estudio de los hechos del pasado en los hechos del presente. Lo que denomino con el término 'ideología' es un conjunto de prescripciones para tomar posiciones en el mundo de la praxis social del presente y para adelantar acciones allí (ya sea para cambiar el mundo o para mantenerlo en su estado habitual); tales prescripciones van acompañadas de argumentos que apelan a la autoridad de la 'ciencia' o a la del 'realismo'".

¹² “[Ideologies] represent different attitudes with respect to the possibility of reducing the study of society to science and the desirability of doing so; different notions of the lessons that the human sciences can teach; different conceptions of the desirability of maintaining or changing the social status quo; different conceptions of the direction that changes in the status quo ought to take and the means of effecting such changes; and, finally, different time orientations (an orientation toward past, present, or future as repository of a paradigm of society’s ‘ideal’ form)” (White, 1973, 24) [“Las ideologías corresponden a actitudes diferentes con respecto a la posibilidad y la conveniencia de encuadrar el estudio de la sociedad dentro de la ciencia; también corresponden a nociones diferentes acerca de lo que las ciencias humanas pueden enseñarnos, a concepciones diferentes sobre la conveniencia de mantener o cambiar el status quo, y a concepciones diferentes sobre la dirección que los cambios en el status quo deben tomar y sobre los medios para realizar tales cambios; por último, las ideologías corresponden a maneras diferentes de orientarnos en el tiempo (una orientación hacia el pasado, el presente o el futuro en la búsqueda de un paradigma de forma ‘ideal’ de la sociedad)”].

mos extensivas a la del autor que escribe sus memorias, tendríamos que describir la manera en que García Márquez “se figura el campo histórico” que reconstruye en su relato. A nuestro modo de ver, dentro del sistema teórico de White, el concepto de “figuración” del campo histórico se refiere a una labor “poética” que consiste en atribuir a lo que acontece la unidad de una imagen.¹³ Esta imagen estaría compuesta por líneas diversas, dotadas cada una de un punto de partida y un punto de llegada específicos. Tal como sucede en una composición musical, algunas de estas líneas avanzan en paralelo, mientras otras están a la espera de su aparición; la suspensión de una puede coincidir con la duración o el comienzo de otra. Cada una de estas líneas correspondería a distintos procesos históricos cuya interacción intenta reconstruir la persona que escribe sobre la historia. Hacer una figuración del campo histórico es organizar los acontecimientos en largas secuencias que representen lo que perdura en secuencias más cortas que representen lo único e irrepetible, y en secuencias que se repitan y que puedan generar el efecto imaginario de lo cíclico, de lo que retorna.

Las marcas del modo en que García Márquez se figura el campo histórico colombiano aparecen en distintos puntos de las memorias, y no sólo en el fragmento sobre el Bogotazo. Las más de las veces esas marcas van entretreídas en los comentarios del autor (valoraciones hechas en la actualidad de la escritura) sobre lo narrado. Así, el intervalo más largo que

¹³ “Before historian can bring to bear upon data of the historical field the conceptual apparatus he will use to represent and explain it, he must first *prefigure* the field—that is to say, constitute it as an object of mental perception. This poetic act is indistinguishable from the linguistic act in which the field is made ready for interpretation as a domain of a particular kind” (White 1973, 30). [“Antes de que el historiador pueda relacionar los datos del campo histórico con el andamiaje conceptual que tiene a su disposición para representarlo y explicarlo, debe primero prefigurar dicho campo, es decir, constituirlo en tanto que objeto de percepción mental. Este acto poético no es distinto del acto verbal a través del cual el campo queda delimitado como un ámbito particular que ha de ser sometido a interpretación.”]

define, y que puede tomarse como el gran horizonte dentro del cual se examina el Bogotazo, es la permanencia de la guerra y la violencia desde la Independencia hasta mediados del siglo xx. De acuerdo con la perspectiva de corte global que determina las grandes líneas o los nudos de articulación más fuertes del proceso histórico, el Bogotazo se considera un “desbarrancamiento del país en el precipicio de la misma guerra civil que nos quedó desde la independencia de España, y alcanzaba ya a los bisnietos de los protagonistas originales” (303). Esta lectura de la historia vuelve sobre una idea que también recorre entre líneas *El general en su laberinto*, la ficción histórica sobre Bolívar: del sometimiento a la corona española, las Indias de América pasaron a depender de los conflictos internos de la elite de dirigentes criollos; las nacientes repúblicas quedaron desde aquel entonces enroladas en un proceso de supuesta democratización, que rara vez ha contado con la representatividad de facto de la masa anónima.

La perspectiva de carácter general se combina con otra más atenta a las condiciones específicas e inmediatas que intervienen en la ocurrencia de los eventos. Este segundo tipo de perspectiva, que sería el equivalente al discurso explicativo que White denomina “contextualista” (1973, 17-21), lo vemos en las explicaciones que García Márquez hace sobre el campo político colombiano a mediados del siglo xx. Hay un claro señalamiento contra el Partido Conservador como agente de la violencia armada; el relato recalca su uso programado de la guerra como estrategia de desquite por la ausencia en el gobierno durante cuatro períodos presidenciales. Por otro lado, está la división interna que le costó al Partido Liberal la derrota en los comicios presidenciales de 1945. La consecuencia de esta coyuntura fue el retorno al poder de los conservadores en la cabeza de Ospina Pérez, y la oficialización de su “determinación sangrienta” (265-266):

. . . Con el liberalismo dividido y el conservatismo unido y armado, no había alternativa: Ospina Pérez fue elegido.

Laureano Gómez se preparó desde entonces para sucederlo con el recurso de utilizar las fuerzas oficiales con una violencia en toda la línea. *Era otra vez la realidad histórica del siglo XIX*, en el que no tuvimos paz sino treguas efímeras entre ocho guerras civiles generales y catorce locales, tres golpes de cuartel y por último la guerra de los Mil Días, que dejó unos ochenta mil muertos de ambos bandos en una población de cuatro millones escasos. Así de simple: era todo un programa común *para retroceder cien años*. (265-266; el énfasis es nuestro)

Por fuera de un contexto político estresado por la determinación del Partido Conservador de valerse de “cualquier medio” y no perder de nuevo la presidencia (303), por fuera del contexto de la política de tierra arrasada del gobierno de Ospina Pérez —una política que “ensangrentó el país hasta la vida cotidiana dentro de los hogares” (303)— no puede entenderse el ascenso de Jorge Eliécer Gaitán como figura política ni la inminencia de su elección en los comicios para el período presidencial 1950-1954. A diferencia de Gabriel Turbay, el otro candidato del liberalismo que se enfrentó a Ospina Pérez, Gaitán “no interrumpió ni un día su campaña electoral para el período siguiente”. García Márquez precisa cuáles fueron los principales temas de esta campaña: “un programa de restauración moral de la República que rebasó la división histórica del país entre liberales y conservadores, y la profundizó con un corte horizontal y más realista entre explotadores y explotados: el país político y el país nacional” (302). Al cabo de su relato de la marcha del silencio (“la más emocionante de cuantas se han hecho en Colombia”), el “desfile de duelo” que Gaitán había organizado el 7 de febrero de 1948 “por las incontables víctimas de la violencia oficial en el país” (304), dice que “la impresión que quedó de aquella tarde histórica, entre partidarios y enemigos, fue que la elección de Gaitán era imparable” (305); e insiste en que los conservadores eran conscientes de esto, “por el grado de contamina-

ción que había logrado la violencia en todo el país, por la ferocidad de la policía del régimen contra el liberalismo desarmado y por la política de tierra arrasada” (305).

Si la culpabilización del Partido Conservador como agente de la violencia salta a la vista, las acusaciones en contra del Partido Liberal son, en cambio, escasas y mucho más atenuadas. Uno de los pocos señalamientos sobre las responsabilidades de este partido, lo encontramos cuando el memorialista comenta que, ante el fracaso de las negociaciones con Ospina Pérez y el posterior recrudecimiento de la violencia oficial, el Partido Liberal “se [dio] cuenta de que había asumido el riesgo de pasar a la historia en situación de cómplices” (324). Si tenemos en cuenta la amistad de García Márquez con la familia de Mendoza Neira, cuyas “evocaciones lúcidas” dice haber escuchado (321), podemos preguntarnos hasta qué punto lo afectivo entra a jugar en esta valoración. En este nivel, entonces, ya podemos ver la moralización sobre los acontecimientos mencionada por White, pues, a la manera del observador que frente a la gravedad de los hechos trata de reconocer los momentos en que hubieran podido ser frenados, como intentando dar respuesta a la pregunta “¿Qué habría pasado si...?”, García Márquez cuenta algunos posibles cambios y decisiones que no alcanzaron a realizarse. No otra cosa vemos, por ejemplo, en el fragmento que narra la tentativa de golpe de Estado que, algunos meses después del Bogotazo, en “acuerdo con militares demócratas del más alto rango para poner término a la matanza desatada en todo el país por el régimen conservador, dispuesto a quedarse en el poder a cualquier precio” (387), alcanzaron a fraguar los mismos “dirigentes liberales en el alto gobierno” (324) que habían tratado de negociar con Ospina Pérez “una cuota de poder en el Palacio Presidencial” (322). La “coordinación” de la “acción” estaba a cargo de Mendoza Neira, quien “tenía excelentes relaciones dentro de las Fuerzas Armadas desde que fue Ministro de Guerra bajo el gobierno liberal” (387). La víspera del golpe, la Dirección Liberal, “asustada por el tamaño

de su propia conjetura” sobre el riesgo de “derramamiento de sangre” “impartió sin discusión la contraorden” (388). “Por razones más éticas que políticas”, Mendoza Neira prefirió no actuar de acuerdo con lo que “otros le aconsejaron”: “seguir solo hasta la toma del poder” (390). El recuento se cierra con un comentario fatalista sobre la decisión de Mendoza Neira:

Cincuenta y dos años después no me tiembla el pulso para escribir —sin su autorización— que se arrepintió por el resto de su vida en su exilio en Caracas, por el saldo desolador del conservatismo en el poder: no menos de trescientos mil muertos. (390)

En resumen, las memorias de García Márquez sobre el Bogotazo se basan en una figuración del campo histórico en distintos niveles. En el nivel más general y abstracto, lo percibido es la vigencia del “país español” bajo el aspecto de una democracia totalmente debilitada por la guerra y la violencia; éste es el punto de referencia que utiliza tanto para definir a Gaitán como un hombre que “*había rebasado el país español* y estaba inventando una lengua franca para todos” (303; el énfasis es nuestro), como para señalar el carácter prometedor que tuvo la empresa de esta figura política, cuya “campana de agitación” es considerada como un “esparcimiento de la semilla de la resistencia” que llegó a “las vísperas de una *auténtica revolución social*” (302; el énfasis es nuestro). En segundo lugar, en un plano menos abstracto que hemos llamado contextual, encontramos el discurso explicativo en torno a las tensiones entre el Partido Liberal y el Partido Conservador que dominaban el campo político colombiano en la década del 40. Y, por último, en el nivel más concreto, el Bogotazo es figurado como un conjunto de eventos que se desarrollan en dos espacios que no se comunican —la calle y el despacho presidencial—, y a los cuales corresponden dos líneas narrativas y, por consiguiente, dos posiciones distintas del narrador, respectivamente, el testigo y el interlocutor de las figuras del poder.

La orientación valorativa relativamente favorable hacia el Partido Liberal no debería distraernos de otras implicaciones ideológicas que consideramos de mayor peso en el relato de García Márquez. Este tipo de implicaciones se reconocen sobre todo en el “tono” o la “actitud” frente a lo narrado (White 1973, 27). En la medida en que la oportunidad de cambio encarnada en la figura de Gaitán va siendo evocada de manera bastante recurrente como la “rebelión” popular reprimida por “la paz conservadora”, por la “violencia oficial” (324), las memorias sobre el Bogotazo adoptan la tonalidad del lamento por lo que no alcanzó a realizarse; la misma tonalidad se siente en el fragmento sobre la tentativa de golpe de estado planeada por Mendoza Neira. Lo que el relato refiere en realidad es la frustración de un viraje radical del proceso social, a causa de fuerzas más grandes que trascendían el nivel de cualquier iniciativa individual. Si consideramos esta observación a la luz de la matriz de análisis de la ideología propuesta por White, podemos decir entonces que las memorias de García Márquez no presuponen ni las reservas frente a “las transformaciones programáticas” que caracterizan a la ideología conservadora, ni la búsqueda del progreso a través de “ajustes” parciales decididos en el debate parlamentario que plantea la ideología liberal clásica; tampoco alaban la creencia de los anarquistas, según la cual no vale la pena pensar en un proyecto de organización social porque la perfecta unidad comunitaria que alguna vez existió en el tiempo original se ha perdido para siempre. En el relato de García Márquez sobre el Bogotazo inferimos más bien los presupuestos ideológicos del radicalismo (White 1973, 22-24): el “deseo pronunciado” de una “transformación estructural e inminente de la sociedad”, que no descarta el recurso de los “cataclismos” —como una revolución o un golpe de estado—, pero que también implica la consciencia acerca del “impulso inercial de las instituciones establecidas en el pasado”.

Todo lo que el relato presenta en el nivel concreto del espacio-tiempo inmediato de la fecha del 9 de abril de 1948

—la muchedumbre enardecida por la ira, su desarticulación en el saqueo del comercio, la negociación en el despacho presidencial, la censura de la radio que el gobierno utilizó para divulgar la información de que el orden público estaba bajo su control— hace parte de una estrategia narrativa que representa el gran fracaso de una “auténtica revolución social”. Y vemos claramente que éste es el sentido que García Márquez atribuye al proceso histórico que está narrando cuando dice que en sus “largas conversaciones sobre todo lo divino y lo humano” con Fidel Castro, el líder revolucionario cubano, “no acabaría de evocar el 9 de abril como uno de los dramas decisivos de su formación” (326-327), y cuando afirma que, ese día, “los únicos que parecían actuar con sentido político eran los comunistas, minoritarios y exaltados, a quienes en medio del desorden de las calles se les veía dirigir a la muchedumbre —como agentes de tránsito— hacia los centros de poder” (317).

La figuración del campo histórico en los distintos niveles que hemos precisado nos parece que confluye en el recuento del desperdicio de una oportunidad para cambiar una vieja y costosa disposición sociopolítica. Eso que Daniel Pécaut destaca como rasgos propios de la democracia en Colombia, a saber, la presencia de “un campo político que no incorpora las divisiones sociales” y de una “hegemonía de las élites civiles [que] nunca ha estado verdaderamente amenazada” (22-23), eso mismo lo vemos claramente en las memorias de García Márquez sobre el día del asesinato de Gaitán. Al evocar la posibilidad de un cambio sociopolítico, y al tener en cuenta los distintos factores que lo frustraron, el relato se mantiene en la línea del sistema de pensamiento radicalista que postula la necesidad urgente de una nueva organización de la sociedad, aun cuando tenga conciencia sobre las dificultades para lograrlo. Esta ideología se concilia con el tono fatalista que el autor utiliza para evocar el Bogotazo como un “día que partió en dos la historia de Colombia” (327), y que marca la entrada del país en el siglo xx (322), no porque a partir de esta fecha

hayan cambiado las cosas, sino porque en esa ocasión habrían podido cambiar; la historia se realizó en el sentido opuesto a esta utopía y el resultado fue la acentuación, a partir de entonces, del *status quo* de violencia y guerra que ha estado vigente desde el nacimiento de la nación.

La narrativa después de su proceso

Hasta aquí hemos considerado el relato de García Márquez sobre el Bogotazo tratando de poner de relieve los elementos textuales y extratextuales que definen la particularidad, el carácter relativo, podríamos decir también, de su reconstrucción del hecho histórico. Relativo quiere decir aquí dependiente de un lugar o una posición que legitima un tipo de enunciación. Y para mostrar los problemas de la pretensión de verdad dentro de la narrativa, siguiendo las pautas metodológicas de White, hemos tratado de reconocer las implicaciones ideológicas de ese relato. En la continuidad de nuestra interpretación, planteamos ahora la pregunta de si el componente ideológico del discurso narrativo lo inhabilita como instrumento para la construcción de una verdad específicamente humana sobre los hechos del pasado.

Según la posición crítica que esgrime el argumento de lo ideológico en contra de la narrativa histórica, cuando al dispositivo enunciativo de la objetividad (el narrador omnisciente del cual hemos hablado) se incorporan los documentos del archivo histórico (las fuentes), puede crearse una visión demasiado tendenciosa o parcial de la historia, puesto que este registro es casi siempre una preocupación de las sociedades que celebran sus glorias, es decir, una huella del grupo de los vencedores. No obstante, refuta White (1992, 72-74), la crítica que se centra exclusivamente en el aspecto ideológico no sólo despierta la falsa creencia de que el archivo configurado por las sociedades dominantes no permite inferir el punto de vista de los vencidos, sino que también se apoya una idea bastante discutible: la idea de que existe una visión imparcial

de lo acontecido. Sólo la convicción de que los hechos pueden ser siempre el objeto de una visión unánime y definitiva, explica que se exalte el discurso científico como una herramienta apta para el conocimiento de la historia y que se descarten las posibilidades que la narrativa puede abrir cuando se la considera como algo más abstracto que un relato tendencioso. Como contrapartida, White plantea que:

... Cualquier conjunto de acontecimientos reales puede ser dispuesto de diferentes maneras, puede soportar el peso de ser contado como diferentes tipos de relato. Dado que ningún determinado conjunto o secuencia de acontecimientos reales es intrínsecamente trágico, cómico, o propio de la farsa, etc., sino que puede construirse como tal sólo en virtud de imponer la estructura de un determinado tipo de relato a los acontecimientos, es la elección del tipo de relato y su imposición a los acontecimientos lo que dota de significado a éstos. El efecto de este entramado puede considerarse una explicación, pero debería recomendarse que las generalizaciones que desempeñan la función de universales en cualquier versión de un argumento nomológico-deductivo son los *topoi* de tramas literarias, más que las leyes causales de la ciencia.

Esta es la razón por la que una historia narrativa puede considerarse legítimamente como algo distinto al relato científico de los acontecimientos de que habla —como han argumentado correctamente los Annalistas. Pero no es razón suficiente para negar a la historia narrativa un valor de verdad sustancial. (White 1992, 61-62)

Reconocer el carácter parcial e ideológico de una narrativa histórica no es una razón suficiente para descartarla como herramienta para la configuración de una verdad, distinta, cierto es, de la exigida en el discurso de la ciencia. En la medida en que la elaboración de una verdad sobre los hechos reales depende de algo más que de la mera consulta de las fuentes,

y puesto que la fidelidad a lo documentado no es rasgo esencial del discurso narrativo, esa fidelidad puede considerarse como un criterio más bien secundario para justificar la presencia del discurso narrativo dentro del conocimiento de la historia. No es en esa fidelidad donde está la clave de la utilidad de la narrativa en la elaboración de una verdad histórica. A pesar de las distancias que la separan de la lógica del discurso científico, la narrativa puede generar con sus propios medios (trama, personajes, descripciones) un conocimiento válido sobre el pasado, una verdad; pretender negarlo es negar en bloque la utilidad de la función poética del lenguaje dentro del conocimiento de la realidad:

La historiografía narrativa puede muy bien, como indica Furet, “dramatizar” los acontecimientos históricos y “novelear” los procesos históricos, pero esto sólo indica que las verdades de que trata la historia narrativa son de orden diferente al de las de su contrapartida [en las ciencias sociales]. En la narrativa histórica, los sistemas de producción de significado peculiares a una cultura o sociedad se contrastan con la capacidad de cualquier conjunto de acontecimientos “reales” de producir esos sistemas. El que esos sistemas tengan su representación más pura, más plenamente desarrollada y formalmente más coherente en el legado literario o poético de las culturas modernas secularizadas no es razón para descartarlos como meras construcciones imaginarias. *Ello supondría la negación de que la literatura y la poesía tengan algo válido que enseñarnos sobre la realidad.* (White 1992, 61-62; el énfasis es nuestro)

Para determinar el valor de un discurso narrativo en el conocimiento de la historia, antes que preguntarse si se trata de un discurso falso o verdadero, como si estuviéramos en el régimen del discurso científico, habría que centrarse más bien en los núcleos de sentido que el discurso en cuestión contiene o puede asumir en tanto que elaboración poética. Y esto

no es posible sin un ensanchamiento de la perspectiva del análisis: la dicotomía “falso-verdadero”, que atañe únicamente a los discursos, tendría que ser sustituida por otra, la dicotomía “real-imaginario”, que ponga de relieve la relación entre discursos y acontecimientos (White 1992, 74). Supongamos que una narrativa habla exclusivamente de hechos reales del ayer: eso no niega que conocer el pasado implique, ante todo, imaginarlo.¹⁴ Por otro lado, “se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales que puede ser no menos ‘verdadero’ por el hecho de ser imaginario. Todo depende de cómo uno concibe la función de la imaginación en la naturaleza humana” (White 1992, 74).

En última instancia, entonces, la pregunta sobre el lugar de la narrativa en el conocimiento histórico es una pregunta sobre el lugar de la imaginación en la configuración de una verdad humana (White 1992, 74). “Imaginación” significa aquí, por supuesto, algo diferente de “arbitrariedad de invención”. En este sentido, podemos retomar las palabras de Ricoeur cuando afirma que “ce transfert dans un autre présent” [“ese remitirnos a otro presente”] que denominamos conocimiento histórico “est bien une espèce d’*imagination*; imagination temporelle, si on veut, puisqu’un autre présent est re-présenté, re-porté au fond de la ‘distance temporelle’ —‘autrefois’” [“es de hecho una especie de *imaginación*; imaginación temporal, si se prefiere, puesto que hay un presente otro que es representado y vuelto a situar en el transfondo de la ‘distancia temporal’ —‘otrora’”] (1967, 35). Que la imaginación ayude a construir una verdad acerca de los acontecimientos reales, es decir, una verdad histórica implica, entre otras cosas, utilizar nuestra capacidad de prefiguración para situar estos acontecimientos en una diacronía, en el tiempo, teniendo en cuenta tanto la confluencia de factores como las relaciones

¹⁴ “Cualquier pasado, que por definición incluye acontecimientos, procesos, estructuras, etc. ¿Cómo podría considerarse perceptible, tanto representado en la conciencia como en el discurso sino de forma ‘imaginaria’?” (White 1992, 74).

entre lo que cambia y lo que permanece o, para decirlo con las palabras de Ricoeur, teniendo en cuenta tanto lo “*événementiel*” [“episódico”] como lo “*structurel*” [“estructural”] (Ricoeur 1967, 49). Sin una ubicación de estas dos caras de la existencia dentro de una temporalidad no podemos hablar de conocimiento histórico.

La prefiguración del campo histórico en la cual reposa el recuento que García Márquez hace del Bogotazo, una prefiguración que se realiza en los tres niveles de lo estructural, lo contextual, y lo episódico (el espacio-tiempo más inmediato), y que, tal como lo hemos dicho, confiere al Bogotazo el sentido de una revolución frustrada que habría de prolongar la guerra y la violencia vivida desde la Independencia, esa prefiguración constituye en sí una labor imaginaria del tipo que acabamos de describir. Frente al recelo que esta clase de reconstrucciones pueda despertar por su cercanía con la cuestionada estética del realismo, quizá sea conveniente recordar este comentario del historiador polaco Henryk Samsonowicz: lo importante es que haya espacio para la crítica; si existe la crítica, “no es demasiado grave que se cuenten incluso cosas absurdas; no hay nada peor que el olvido” (Samsonowicz 43). La responsabilidad de la crítica no se reduce a un rechazo en bloque del universo de los relatos; consiste más bien en hacer los cuestionamientos del caso cada vez que la narrativa de corte realista se transforme en esa estrategia de “*respect de la façade pétrifiée de l’opinion et de la société*” [“respeto a la fachada petrificada de la opinión y de la sociedad”], de “*conformisme*” [“conformismo”] y de transparencia engañosa contra la cual Adorno hizo alguna vez un llamado de alerta (288).

Representación del pasado y memoria colectiva

Identificadas las diferentes posiciones desde las cuales García Márquez hace el recuento del Bogotazo en sus memorias, y determinadas las posibles orientaciones ideológi-

cas de su relato, nos parece que no podemos perder el sentido que esta empresa adquiere dentro del marco cultural en el que se realiza. Retomando el marco de interpretación que habíamos establecido al principio, a saber, la retroalimentación entre historia y memoria, volvemos a formular la pregunta sobre qué papel puede desempeñar en este proceso un discurso literario que, como las ficciones históricas y las memorias de un escritor bastante leído, intenta representar los procesos históricos.

La pregunta sobre cómo hacer de la historia, de la introducción de ésta en la memoria, un motor de identidad y autonomía, está fundada en la siguiente preocupación: la falta de figuración del pasado en términos de proceso puede prolongar demasiado la vigencia imprudente o infértil de nuestros deseos, generar una especie de inercia social y, por consiguiente, comprometer de una manera nociva la planeación de la acción. Cuando se intenta dar una respuesta a esa pregunta se insiste mucho, y con razón, sobre la escogencia de los contenidos de los manuales que son los portadores de la versión oficial de la historia. Podríamos decir que, al lado de los manuales, la competencia comunicativa de la pedagogía de la historia en el aula de clases juega también un rol importante en el conocimiento del pasado. Sin embargo, habría que tener en cuenta la apertura de la historia al mundo exterior que menciona el historiador Gérard Noiriel.¹⁵ Al margen de la in-

¹⁵ En relación con los grandes debates que se produjeron hace casi treinta años en torno a la disciplina histórica, el historiador Gérard Noiriel señala que el conocimiento del pasado ha dejado de ser una cuestión exclusiva de estudiosos universitarios para convertirse también en un asunto que la comunidad politizada de los medios de comunicación también reclama como suyo. En el caso de Francia, este proceso que Noiriel denomina la apertura de la historia al medio exterior habría desencadenado una polémica entre la historia universitaria y la llamada historia menor (“petite histoire”) escrita por los periodistas: “Etant donné qu’un grand nombre des questions d’histoire contemporaine sont aussi des problèmes ‘d’actualité’ —du fait notamment que certains des acteurs de ce passé proche sont encore en vie, exerçant parfois des responsabilités éminentes— elles intéressent à la fois

vestigación histórica universitaria, hay otros sectores del saber o la creación en los cuales también podríamos encontrar los motores de la verdad histórica.

En América Latina contamos con un ejemplo claro de ese tipo de discursos imaginarios sobre hechos reales que revelan verdades sobre el pasado. Nos referimos a las ficciones históricas de final del siglo xx, que divulgan aspectos poco conocidos del pasado documentado y que en muchos casos rectifican la versión oficial de la historia. En su estudio sobre este género, María Cristina Pons propone una conceptualización compleja sobre las relaciones entre lo cultural, la poética del lenguaje y las representaciones del tiempo, sobre todo las del pasado histórico (58-64). De toda su argumentación, nos interesa subrayar el contraste entre la perspectiva particularizante de la nueva novela histórica y la perspectiva generalizadora de las representaciones mitológicas.

Para dejar claro su punto, Pons remite a la obra de García Márquez y analiza diferentes representaciones de la figura del poder autoritario, el dictador, dentro de la obra del autor (200-211). Mientras que en *El otoño del patriarca* el tono paródico del relato y las estrechas similitudes que éste mantiene con el mito convergen en una representación arquetípica que ridiculiza los regímenes dictatoriales, *El general en su laberinto*, “en cuanto novela histórica, se aparta del tema del poder en su dimensión mítica y arquetípica para entrar en la dimensión de la singularidad y la especificidad histórica” (206): el narrador omnisciente pone de relieve el juicio político atinado de Bolívar sobre la necesidad de un poder político centralizado como etapa de transición hacia el nacimiento de la democracia en las antiguas colonias es-

les journalistes et les historiens” (Noiriel 41). [“Puesto que una buena parte de las cuestiones de la historia contemporánea son también problemas ‘de actualidad’ —sobre todo por el hecho de que algunos de los actores de ese pasado cercano están aún vivos, y en algunos casos tienen a su cargo responsabilidades eminentes—, son objeto de interés tanto para los periodistas como para los historiadores”].

pañolas.¹⁶ Pons llama la atención sobre el “riesgo” que implica en las culturas latinoamericanas “seguir representando la realidad histórica a partir de totalizaciones míticas o arquetipos que privilegien lo extratemporal, lo extraespacial o lo universal” (261). Tratar en una novela histórica el mismo tema del dictador que había sido antes explotado en una novela cercana a la representación mitológica del tiempo es una manera de bloquear la imprudencia de las extrapolaciones anacrónicas. Si hemos entendido correctamente, sin negar el valor de los relatos mitológicos, el comentario de Pons busca enfatizar los inconvenientes de la sobregeneralización de los esquemas explicativos: hay que saber determinar el punto en que un arquetipo pierde su utilidad para dar cuenta de las particularidades de los distintos fenómenos sobre los cuales se aplica. De lo contrario, puede empezar a gestarse una consciencia colectiva que, al no determinar responsabilidades con un criterio de pertinencia, bloquea las posibilidades para concebir el cambio, y que incluso puede alimentar la visión fatalista de la historia, es decir, instaurar la creencia no declarada de que ésta es una reedición perpetua de los mismos hechos, de los mismos fracasos.

Si es cierto que en el caso latinoamericano cabe hablar, con preocupación, de la falta de dinamismo en las representaciones del pasado colectivo, es decir, de la ausencia generalizada de una base cognitiva (del tipo de la narrativa) que propicie, por ejemplo, el señalamiento de las responsabilidades de los agentes de la historia, también es cierto que la literatura no ha sido del todo indiferente a esta situación. Con respecto al estrecho vínculo entre historia y memoria, y el lugar

¹⁶ “La novela pareciera dejar claro que no es la pluma de García Márquez la que convierte a Bolívar en esa especie de espectro degradado privado de todo poder y de toda gloria. Por el contrario, la pérdida del poder, el exilio y el fracaso del sueño utópico del Libertador son presentados como el resultado de la circunstancia histórica; una circunstancia en la que el general aparece más como víctima que como victimario de sus contemporáneos y, a diferencia de los cuales, posee una lúcida conciencia histórica del poder depredador del colonialismo e incluso del futuro poco promisorio de dependencia y autoritarismo que le esperaba a América Latina” (Pons 204).

que puede asumir la literatura en medio de una y otra, sobre todo en ámbitos culturales donde el recuerdo del pasado colectivo no parece tener mucha incidencia en la praxis social, podemos decir que el valor de la narrativa para el conocimiento histórico depende también de la posibilidad que ofrece el relato de hacer una representación del pasado histórico como proceso, con toda la complejidad de factores que esta noción presupone. Ahora bien, cuando el recuento histórico se centra no en lo impersonal, sino en las acciones puntuales, realizadas por individuos concretos, podemos decir que la subjetividad entra a formar parte del conocimiento histórico.

La subjetividad de los agentes de la historia

En la figuración del campo histórico, tal vez como consecuencia de la llamada apertura de la historia al mundo exterior, los procesos globales de índole económica y política, que tradicionalmente habían sido considerados como los componentes de un conocimiento auténticamente objetivo sobre el pasado, han ido cediéndole terreno a todo lo que constituye la vida interior, la subjetividad (los resortes internos) de los agentes de la historia. La representación histórica implica una consideración del hombre con toda la carga de circunstancias y motivaciones internas y externas que determinan su acción o su falta de acción, es decir, una representación del hombre como sujeto.

En el ensayo "Objectivité et subjectivité en histoire" ["Objetividad y subjetividad en historia"] que hemos venido citando, Ricoeur plantea que la reticencia a incluir la subjetividad dentro del objeto del conocimiento del pasado puede deberse a un equívoco con respecto a la noción de objetividad: "L'objectivité ici doit être prise en son sens épistémologique strict: est objectif ce que la pensée méthodique a élaboré, mis en ordre, compris et ce qu'elle peut ainsi faire comprendre. Cela est vrai des sciences physiques, des sciences biologiques; cela est vrai aussi de l'histoire" ["La objetividad debe

ser entendida aquí en su estricto sentido epistemológico: es objetivo lo que el pensamiento metódico ha elaborado, organizado, comprendido y lo que puede hacer comprender de este modo. Esto es válido para las ciencias físicas y las ciencias biológicas; también lo es para la historia”] (27). En historia, ser objetivo no es ser positivista. El positivismo basado en el manejo riguroso de las fuentes sin duda impone límites a las eventuales arbitrariedades interpretativas del historiador. No obstante, invocar el principio de la objetividad, para justificar un estudio de las fuentes históricas cuyo único propósito sea la descripción de los procesos de la vida externa (lo económico, lo social, lo político y lo cultural), puede llevarnos a olvidar que el objeto del conocimiento histórico es el hombre, el sujeto humano. Considerar al hombre como sujeto humano, de una manera general, significa para Ricoeur observar “l’émergence des valeurs de connaissance, d’action, de vie et d’existence, à travers le temps des sociétés humaines” [“la emergencia de los elementos que componen su mundo interior, es decir, los valores de conocimiento, de acción, de vida y existencia que el hombre descubre o elabora a través de las sociedades humanas”] (44). El conocimiento histórico mejor logrado será aquel que sin desconocer las diferencias que la positividad exige reconocer, es decir, sin perder de vista la “distance historique” [“distancia histórica”] (35), sugiere que “les hommes du passé font partie de la même humanité” [“los hombres del pasado hacen parte de nuestra misma humanidad”] (37), que su vida está hecha con lo mismo que está hecha la de los hombres de hoy. Este material que se entretene de una manera u otra en el flujo del tiempo, de tal suerte que también determina el curso de acontecimientos o la prolongación de las situaciones, comprende los pensamientos, los valores, las creencias, los sentimientos. A nuestro parecer, el discurso literario encuentra aquí un terreno bastante fértil para hacer sus aportes al conocimiento del pasado.

Ricoeur tiende a considerar la subjetividad humana en términos de “conscience” [“conciencia”] y razón, y a definirla con los valores del humanismo (“En effet l’acte philosophique a fait surgir l’homme comme conscience, comme subjectivité” [En efecto, el acto filosófico ha hecho que el hombre emerja como conciencia, como subjetividad] (49). No ocurre lo mismo con el novelista que crea el mundo interior de sus héroes, ni con el autor que escribe sus memorias y que reconstruye los diferentes círculos sociales que ha integrado a lo largo de su vida; en estos casos, cuando hablamos de subjetividad humana nos referimos a un territorio más amplio que el pensamiento abstracto, y que cubre las distintas manifestaciones de lo emotivo. Justamente, en la medida en que a nadie sorprende ya que “la factuelité de l’intériorité” [“la facticidad de lo interno”] (Adorno 39) sea uno de sus principales campos de exploración, el discurso narrativo puede mostrar que el proceso de la historia es también un asunto de subjetividad, no sólo por la emergencia de valores, sino también porque detrás de los hechos registrados se esconden movimientos internos tan nítidos como las intenciones voluntaristas, o tan difusos, aleatorios y efímeros como las vacilaciones de una persona. Eso que el discurso de la ciencia histórica se sentía obligado a evacuar y que, al parecer, intenta ahora incorporar a través de los relatos de vida y la memoria oral, eso mismo goza de un lugar legitimado dentro de la literatura. En tanto que discurso literario, creemos que las memorias, como las novelas históricas, permiten hacer más abiertamente lo que hasta hace un par de décadas se consideraba una tara en el discurso historiográfico: la subjetivación de la experiencia, es decir, la presentación de los acontecimientos desde una perspectiva tal que los considera como procesos provocados o vividos por individuos particulares, en lugar de considerarlos como fenómenos colectivos abstractos.

Para dar cuenta del grupo de personas que de una u otra manera han influido en el curso de su existencia, por una exigencia de economía narrativa, el autor de las memorias suele hacer una evocación rápida y concisa de lo que cada

una de esas personas es, según su punto de vista. La presencia de los retratos dentro de las memorias, tal como lo vemos en el caso de García Márquez, adquiere nuevos matices de significación cuando se trata de eventos del orden de la memoria colectiva. En este contexto, un retrato (la alusión a los grandes rasgos de una personalidad) puede producir el efecto óptico de un microscopio; en la medida en que introduce consideraciones acerca del carácter de un individuo, el relato se inscribe dentro de una perspectiva atenta a la subjetividad. La Historia es, por supuesto, un asunto de procesos impersonales, pero ello no implica desconocer las iniciativas y responsabilidades individuales que también determinan su curso; es por esto que en las memorias el retrato de una persona pública puede conferir una apariencia dinámica y, por consiguiente, menos lejana del pasado, puesto que da cuenta de los resortes internos de un protagonista de la historia. Lo vemos, por ejemplo, en la reconstrucción de la figura de Ospina Pérez. Antes del relato sobre el Bogotazo, encontramos una breve alusión al presidente: “un ingeniero millonario con una fama bien ganada de patriarca” (266). En el recuento de la reunión con los dirigentes del Partido Liberal, el perfil de Ospina Pérez se dibuja con mayor nitidez:

El presidente, a quien se tenía por un conservador moderado, lo parecía cada vez menos. Era nieto y sobrino de dos presidentes en un siglo, padre de familia, ingeniero en retiro y millonario desde siempre, y varias cosas más que ejercía sin el menor ruido, hasta el punto de que se decía sin fundamento que quien mandaba en realidad, tanto en su casa como en el palacio, era su esposa de armas tomar. (322)

A través de este retrato, los rasgos de carácter de la persona que dirige el poder ejecutivo se convierten en motivos que jalonan el desarrollo de la trama dentro de la cual han sido organizados los hechos. Pese a lo anodina que pueda parecer desde la perspectiva que explica la historia, en términos de

procesos colectivos e impersonales (políticos, sociales, económicos), la intransigencia disimulada bajo la prestancia del presidente se considera como un factor determinante de las negociaciones, y llega a convertirse en un auténtico elemento causal dentro relato de García Márquez:

Tenía fama por su parsimonia y su buena educación, en contraste con los estruendos de Laureano Gómez y la altanería de otros copartidarios suyos, expertos en elecciones compestas, pero aquella noche histórica demostró que no estaba dispuesto a ser menos recalcitrante que ellos. Así que la discusión se prolongó hasta la medianoche, sin ningún acuerdo, y con interrupciones de doña Bertha de Ospina con noticias más y más pavorosas . . .

Y . . . —remató con un sarcasmo ácido— [que] no tendría ningún inconveniente para aceptar la propuesta [de renuncia, hecha por los liberales], pero se sentía muy cómodo dirigiendo el gobierno desde el sillón donde estaba sentado por la voluntad del pueblo. (351- 352)

Como si estuviera acercando un lente para hacer más visible la confluencia momentánea de factores internos que intervinieron en la toma de una decisión política, al lado de la ausencia de todo signo de ansiedad en el presidente (“Lo encontraron sentado a la cabecera de una larga mesa de juntas, con un traje intachable y sin el menor signo de ansiedad. Lo único que delataba una cierta tensión era el modo de fumar, continuo y ávido, y a veces apagando un cigarrillo a la mitad para encender otro” (320)), García Márquez menciona el conocimiento sobre la situación del orden público con el que contaba en el momento de la audiencia: “[Ospina] hablaba fortalecido sin duda por una información que les faltaba a los liberales: el conocimiento puntual y completo del orden público en el país. Lo tuvo en todo momento, por las varias veces que había salido del despacho para informarse a fondo” (322). Todo el relato de la reunión apunta a denunciar su

responsabilidad directa en el recrudecimiento de una ola de violencia que tal vez habría podido ser atenuada si la negociación con los dirigentes liberales hubiese tomado otro curso. De aquí, este juicio concluyente:

Al fin y al cabo, el mérito real del presidente [era haber entretenido] a los liberales con caramelos adormecedores hasta pasada la medianoche, cuando llegaron las tropas de refresco para reprimir la rebelión de la plebe e imponer la paz conservadora. (324)

La trama que García Márquez ha elaborado para contar el Bogotazo establece un vínculo causal entre los rasgos del carácter de una figura del poder y un evento de amplio impacto en la vida colectiva. Cuanto más el relato se acerca al espacio-tiempo inmediato del 9 de abril de 1948, tanto más el autor-narrador acerca su lupa para intentar captar hasta los aspectos más ínfimos —o mejor dicho, los aspectos menos pertinentes desde un punto de vista externo— que pudieron determinar el curso de los hechos. Crear un personaje intransigente no es por supuesto algo excepcional, pero hacerlo en un relato sobre hechos reales que tiene muchas posibilidades de anclarse en la memoria colectiva, es una forma de mostrar las cosas mínimas de la cuales también depende la historia. En las referencias a Ospina Pérez, descubrimos que la caracterización es uno de los recursos fundamentales que la literatura tiene para subjetivar la historia, para restituirle el dinamismo que de una manera espontánea le conferimos a nuestros problemas actuales, en los cuales solemos distinguir, de una manera espontánea, resortes internos e intereses personales.

Conclusión

Hemos visto que en las memorias de García Márquez sobre el Bogotazo la pretensión de verdad depende de diferentes factores extratextuales: la posición del autor como testigo

y portador de una experiencia colectiva, la posición del intelectual que habla como interlocutor privilegiado de las figuras de poder. Hemos reconocido también algunas filiaciones con la ideología del radicalismo. Ambas observaciones definen el lugar particular desde el cual García Márquez cuenta lo que pasó el 9 de abril de 1948 y, por lo tanto, no alimentan ninguna ilusión sobre la reconstrucción imparcial de los acontecimientos, la cual suele ser reclamada como condición necesaria para el conocimiento de la historia. Sin embargo, estos elementos tampoco podrían llevarnos a aplicar al discurso narrativo de García Márquez el veto que solemos imponer a las mentiras. Postular la improbable neutralidad valorativa como una exigencia de la verdad sobre lo que acontece, y subestimar los eventuales aportes que un discurso narrativo (a pesar de sus implícitas tomas de posición) pueda hacer en esta materia es desconocer el lugar central que la imaginación tiene en la aprehensión de los hechos reales. Es sobre todo olvidar que la certeza con respecto a lo que sucedió no puede surgir sino de la rectificación crítica, a largo plazo, de diferentes versiones.

El conocimiento de los hechos reales es también un asunto de representación en diacronía de los procesos que se interrumpen o se prolongan, y que tienen una influencia entre sí. El discurso narrativo logra esto por medio de la caracterización de los personajes y la trama conforme a la cual se organiza la presentación de los hechos. Esos recursos de la función poética del lenguaje pueden convertirse, por supuesto, en herramientas para la manipulación y el abuso del poder social si son utilizados en condiciones que limitan la posibilidad de la crítica, como la censura, o como el discurso oficial que se autolegitima recurriendo al convencionalismo complaciente y parcial que esconde la complejidad de la realidad. Creemos, sin embargo, que a través de la trama y los personajes podemos darle un sentido a los hechos reales del ayer tal como solemos hacerlo con el presente: en términos de responsabilidades y de actores que obedecen a intenciones e intereses

privados, es decir, en términos de subjetividad. Y nos parece que esto no es nada anodino en contextos donde el recuerdo del pasado colectivo no parece tener mucha incidencia en la praxis social, donde hay un hermetismo del campo político frente a los sectores más amplios de la sociedad, y donde la representación dinámica del pasado parece estar bastante debilitada. Allí la notoriedad pública del autor, su prestigio intelectual, abre la posibilidad de tener alguna versión de lo que sucedió.

El relato de García Márquez sobre el Bogotazo parece ir en el sentido del “mandamiento intelectual” de denunciar los vacíos y las incoherencias de las versiones sancionadas de la historia. También ilustra el aporte de la poética en el conocimiento de la historia: al asir un hecho en la complejidad de su ocurrencia, al intentar restituirle la misma dinamicidad que solemos atribuir a todo lo que sentimos como actual, es decir, como algo que nos toca directamente, el discurso narrativo puede hacer que un hecho o una circunstancia del ayer se convierta en elemento activo dentro de ese motor de la identidad que es la memoria colectiva. Entre los pocos que pueden tener una interlocución directa con la clase dirigente de una democracia como la colombiana, donde, para retomar la palabras de Pécaut, la hegemonía de las élites civiles nunca ha estado verdaderamente amenazada, ¿cuántos pueden dar cuenta de los mecanismos decisorios que, desde la esfera de lo privado, determinan el curso de la vida colectiva? Y entre los muchos que hacen parte de la gran masa anónima, ¿cuántos van a olvidar un relato que, más allá de determinar responsabilidades específicas, da cuenta del movimiento de los hilos del poder en un campo político restringido, es decir, un campo político que no es representativo de la diversidad y la complejidad de la sociedad? Parte del sentido del fragmento de las memorias de García Márquez al cual nos referimos nos parece estar situado en el medio de estos dos interrogantes. Hay cosas que, para ser recordadas, necesitan ser contadas.

Obras citadas

- Adorno, Théodor. *Notes sur la littérature*. Trad. S. Muller. Paris: Flammarion, 1984.
- Benveniste, Emile. *Problèmes de linguistique générale*. Paris: Gallimard, 1966.
- Bourdieu, Pierre. *Questions de sociologie*. Paris: Editions de Minuit. Coll. Documents, 1988.
- García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. Barcelona: Grupo Editorial Random House Mondadori. Col. de Bolsillo, 2002.
- Golden, Daniel. "Entre mémoire et histoire (6): Quand les religieux s'en mêlent". *Courrier International* 799 (23 de febrero a 1 de marzo de 2006): 42-43.
- Le Goff, Jacques. *Histoire et mémoire*. Paris: Gallimard. Coll. Folio, 1980.
- Lejeune, Philippe. *L'autobiographie en France*. Paris: Armand Colin, 1998.
- _____. *Le pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1975.
- Noiriel, Gérard. *Sur la "crise" de l'histoire*. Paris: Belin. Coll. Socio-Histoires, 1996.
- Pécaut, Daniel. *L'ordre et la violence: Evolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*. Paris: Ed. de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1987.
- Pollak, Michaël y Nathalie Heinich. "Le témoignage". *Actes de la recherche en sciences sociales* 62-63 (1986): 3-29.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo xx*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1996.
- Ricoeur, Paul. "Objectivité et subjectivité en histoire". *Histoire et vérité*. Paris: Seuil, 1967. 27-50.
- _____. *Temps et récit II: La configuration du temps dans le récit de fiction*. Paris: Seuil, 1984.
- Rubner, Jeanne. "Entre mémoire et histoire (1): Du danger de voir la France comme un pays sans reproches". *Courrier International* 794 (19 a 25 de enero de 2006): 48-49.

- Samsonowicz, Henryk. "Entre mémoire et histoire (2): Les spectres du passé ne resurgissent pas par hasard". *Courrier International* 795 (26 de enero a 1 de febrero de 2006): 42-43.
- Sarraute, Nathalie. *L'ère du soupçon: Essais sur le roman*. Paris: Gallimard, 1956.
- Vassallo, Isabel. "Típicas atracciones genéricas: El punto de vista". *La narración gana la partida*. Ed. E. Drucaroff. Tomo 11 de *Historia crítica de la literatura argentina*. Dir. N. Jitrik. Buenos Aires: Emecé Editores, 2000. 217-243.
- Weishi, Yuan. "Entre mémoire et histoire (5): Les ravages du patriotisme chinois". *Courrier International* 798 (16 a 22 de febrero de 2006): 50-51.
- White, Hayden. *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad. J. Vigil Rubio. Barcelona: Paidós, 1992.
- _____. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore/London: The John Hopkins University Press, 1973.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Les règles de l'art: Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil, 1992.
- Chartier, Roger. *Au bord de la falaise: L'histoire entre certitudes et inquiétude*. Paris: Albin Michel, 1998.
- Genette, Gérard. *Nouveau discours du récit*. Paris: Seuil, 1983.
- Halbwachs, Maurice. *La mémoire collective*. 1950. Paris: Albin Michel, 1977.
- Rousset, Jean. *Narcisse romancier: Essai sur la première personne dans le roman*. Paris: José Corti, 1972.

